

## Pequeña antología de Elvira Daudet

### In memoriam

#### Versos de doble filo

Escribo con cuchillo —escondido en el puño,  
en la inocente lengua, en la sesera—,  
hurgando sin piedad en mis entrañas,  
como el preso que graba, con la sangre  
de sus venas abiertas como juncos,  
su obsesión en los muros de la celda,  
palabras deformadas que me explican.

Mi corazón conserva un nido de reptiles  
que me liban la sangre y la ternura,  
y me dejan exangüe, casi muerta.

Con su afilada punta recupero  
los restos del naufragio que reflotan,  
arranco a la memoria los jirones del miedo  
que obstinado me llega de otro tiempo.

Para limpiar el pus de heridas no cerradas  
dibujo diestros signos, tajos en carne viva,  
no aptos para los ojos de mi niña;  
versos de doble filo, igual que labios negros.

¡Que dilema, si escribo llora ella,  
si no lo hago me muero,  
porque ya sólo escribo para seguir viviendo.

## La última pasión

No recuerdo el peso de su cuerpo,  
he olvidado el tacto de sus ardientes manos  
propagando el incendio en mi carne olvidada,  
después del tiempo de otra.

No recuerdo el sabor de sus besos,  
su sanadora lengua desclavando los labios  
del sexo anestesiado por la ausencia;  
los ríos de saliva preparando  
el cauce fértil para sembrar hijos,  
antes de irse de nuevo.

Ya no me acuerdo de él ni cuando sueño.  
Ahora sólo es ella la dueña de mi cuerpo  
y viene con frecuencia a recordarlo.

Mi amante es concienzuda en su ritual:  
aparece de noche, con la luna de leche,  
siempre sin avisar,  
vestida con ramas de cilantro, su perfume  
se expande por la alcoba del invierno  
—mi dama es invernal con preferencia—,  
me desnuda y con su lengua bífida traza  
un preciso y oscuro itinerario

que divide mi cuerpo en parcelas exactas,  
doliente mapa de la cruel batalla, a muerte.  
Una noche es el páncreas el que extrae con pericia  
y su boca glotona engulle lentamente,  
mientras gimo; otra es la golosina de un riñón.  
Siente predilección por mi garganta  
y desde ella, sus solícitas garras  
descienden al pulmón –hay margen, tengo dos–,  
y el indefenso corazón late asustado.  
Me estoy acostumbrando a este amor caníbal  
que me devora viva y acabará conmigo:  
a mi edad es difícil  
vivir una pasión, si no es con ella.

(De *Laberinto Carnal*, Cuadernos del Laberinto, 2011)

## **Morituri**

A Pier Paolo Pasolini, muerto a palos  
y enlodado por los hijos de la noche.

Esperad, antes que me golpeéis,  
quiero advertiros, hijos de la noche,  
implacables ángeles de las sombras,  
que sé llorar en todos los idiomas.

En francés he gemido, con éxito notable,  
en el Barrio Latino y en el andén del metro,  
en tiempos de Ben Bella, de De Gaulle y Bumedian.

Al pie del Vaticano y en las playas de Ostia  
he llorado -en italiano, claro- a un cristo  
sucio de sangre y barro, de voz insobornable.

Y en Wall Street, en Bowaris y en Harlem,  
acosada por millares de espectros,  
hombres sacrificados al dios Dólar,  
mis lamentos han sido en un yanki perfecto.

Asombraos, también sé gemir en griego antiguo.

Lo he probado en el Ágora ateniense,  
mientras el tren pasaba desdeñoso  
y se tambaleban los cimientos  
del templo de Teseo.

Y también he llorado en el Pireo,  
junto a un sarnoso can apaleado.

Pero lloro mejor en castellano,  
en esta hermosa lengua, que es mi idioma,  
rizo el rizo del grito y el lamento,  
y no es por presumir de virtuosa,  
que me ha costado sangre el aprenderlo.

Antes de golpearme, ahora que estáis a tiempo,  
decidme, azules criaturas de la muerte,  
¿qué idioma preferís para el recreo?

(De *Antología poética (2012-2014)*. *Poemas inéditos*, Lastura, 2014)

### **Cita a ciegas**

Que no fue concebida en un momento  
de plenitud gozosa, como una sinfonía  
o un poema de amor alejandrino,  
lo supo en los pechos de su madre  
que sólo daban lágrimas y sangre.  
El semen fue vertido al cáliz de la vida  
en un día de plomo,  
que anunciaba el final de la esperanza.

A ciegas, amor y destrucción se dieron cita.  
Tronaban los cañones, cada vez más cercanos,  
estremeciendo en lo hondo los huesos de la tierra,  
imponiendo su ritmo a la amorosa entrega.  
La muerte, blanco hueso, emergía del humo  
a comprobar, avara, la abundante cosecha  
de cuerpos destrozados, con los sueños intactos,  
que la nieve cubría como un plural sudario.

Su niñez fue una boa de seis cuerpos azules.  
Puliéndose el colmillo con navaja de nácar,  
llegaban en el coche de pasear

al elegido para muerto urgente.  
Los bárbaros violaron el dulce territorio  
de la infancia con imágenes crudas,  
no aptas para menores.  
A punta de pistola le robaron la risa.

La juventud la regaló ella misma;  
era lo único hermoso que tenía  
para hacer sonreír a un hombre triste.  
Él la besó sin prisa,  
extrajo del bolsillo una sortija,  
una cinta amarilla para el pelo,  
un brebaje anisado de su boca,  
y una salamandra amaestrada.

Antes de regresar a su camino  
-con pies de lana para no hacer ruido-,  
le dio tres poderosos talismanes  
que vencieron al imán de la parca.

La mujer, que recuerdo como un triste epitafio,  
no era una sinfonía ni un poema.  
Fue sólo una herramienta de trabajo;  
pan en la mesa, libros, y zapatos,  
montañas de zapatos, más ternura.  
De su cuerpo salvaje quedó apenas

un pequeño puñado de cenizas:  
las llamas del amor lo calcinaron.

(De Cuaderno del delirio, Evohe, 2013)

### **Epitafio**

Unos fijan los ojos en la antorcha,  
quizá en el terciopelo ebrio de la sangre,  
yo en los momentos más dramáticos,  
me fijo en los zapatos del herido,  
del que llega en patera  
cosido a puñaladas por el mar  
o del ladrón que huye con el bolso.  
En la última tragedia  
con que la puta vida nos ha zarandeado  
para hacernos conscientes del regalo  
que es vivir sin salud  
pagando medicinas con las migas  
del mal comer,  
desahuciados, recortados a cachos,  
vi una fotografía en la que unos zapatos  
insolentes me buscaban los ojos  
para que yo escribiera este epitafio:  
murieron con zapatos preparados

para la fiesta grande del patrón  
y llegaron confusos al infierno.

### **Abril, maldito abril (Al poeta Paul Celan)**

La luz pura de abril esconde mil cadáveres.  
El poeta se inclina, se descalza,  
en un zapato deja los lentes con cuidado,  
y al final besa el Sena con labios temblorosos  
de lirio, que se entrega musitando los versos  
del más triste poema de amor que se haya escrito,  
entrecortado por los golpes de agua.

(Las furias maldijeron su linaje  
y Hitler hizo el resto: lo redujo a cenizas.  
Él se salvó, mas con el alma herida.  
¿Quién podría recomponer la vida  
con el humo de los cuerpos amados,  
un botón inocente, una fotografía;  
huir de la tortura de imaginar sus muertes  
en las grises salas del manicomio?  
A veces, sólo a veces, salvaban las palabras:  
los rezos familiares en hebreo,  
las ingenuas palabras en rumano  
llegadas en socorro de la infancia,

las amorosas palabras en francés,  
y los versos de Schiller o de Goethe  
-demasiados idiomas  
para cantar la angustia un hombre solo-.  
Consolaba el amor, inevitable  
riesgo, fulgurante pared de hielo  
que debía ascender para alcanzar el Gólgota).

Desde que lo abrazara con el último aliento,  
no se puede mirar la piel del Sena  
sin hallar los pétalos morados de sus versos  
en la líquida lengua de ramera  
que engulle y regurgita cuanto toca,  
como hizo con el cuerpo maltratado  
del más conmovedor de los poetas.

## **Libertad**

Desde niña intuí que eras muy cara  
al ver los descarnados rostros de tus amantes  
-a esas alturas, la mayoría había muerto  
con tu nombre de azúcar en los labios  
y un extraño fulgor en la mirada-.  
Loca de mí, seguí su mal ejemplo  
y me enganché al batallón de parias

que por hallarte pierden cuanto aman.

Nadie me dijo nunca al perseguirte  
que debería dejar en el camino  
tajadas, aún sangrantes, de mi propio corazón;  
desprenderme del sueño del amor,  
romperme las costuras del cuerpo,  
desfondarme, y vaciarme entera.  
No imaginé que ahora, al cabo despojada,  
te hallaría en el postrer recodo.

Finalmente soy libre, sin amos, sin horarios,  
libre de decir lo que quiera, llueva  
o no el azufre, pues nada pueden hacerme ya.  
Mas me sabes a poco, perdona que te diga;  
ni por asomo eres la libertad soñada.  
Libertad a deshora no me sirves  
cuando todo hace aguas, el mundo retrocede  
y los jerarcas celebran tus exequias;  
yo confirmo que tengo la pólvora quemada  
en batallas perdidas,  
y el corazón latiendo a toda prisa  
como vierte el reloj la última arena,  
avanzando hacia nada.

Libertad, tus alas llegan tarde, con sarcasmo,

a una guerrillera quebrada por la artritis,

a la amante con ceniza en la sangre

que fuera ardiente lava,

a una madre que es nicho de sus hijos.

Y es más, sin esperanza

de que pueda llegar el hombre nuevo

a este lodazal sin adjetivos.

Libertad que me duele como una puñalada

al ver que mis hermanos vuelven a ser esclavos.

Y ahora te pregunto, ¿de qué puedes servirme

sin cuerpo ni energía para cambiar el mundo?,

sin amor, ¿de qué sirves?

Yo necesitaría un corazón para estrenar

contigo Libertad, para vivirte

y sorberte hasta el tuétano la esencia,

y tú sólo me sirves de notario

para firmar mis últimas palabras.

## Esperando a los bárbaros

“Un día el Imperio decidió que los bárbaros  
eran una amenaza a su integridad”

J.M. Goetzee

¿Por qué tiemblas?, si está calma la tarde

transparente,

alumbrada por Dios para tus ojos.

Los almendros derraman su perfume.

y aún hay vino en tu copa,

de la cepa más vieja y soleada,

que mimaron los siervos de tu hacienda

porque es para tus labios.

Si el dolor de los hombres ha quedado

detrás de la muralla que te guarda

para que no lastime tu tierno corazón, di,

¿por qué te tiemblas

y haces bailar el vino de tu copa?,

solo porque han tintineado los cristales

preciosos en la mesa, y a lo lejos

se escucha galopar a mil caballos.

¿Qué te hizo creer el elegido

para gozar lo que de todos era?,

depositario único del rayo

de la belleza estremecedora.

Qué delicado pétalo en la retina tienes,  
solamente por rico, que la naturaleza  
no les diera a los hijos de nadie,  
que te hace percibir, clarividente,  
la última pincelada de la mano del genio  
-temblaba, como tú tiembles ahora,  
al oír el galope de la muerte-.

Has pisado las huellas de los grandes guerreros,  
de poetas que alumbraron el mundo  
con sus palabras de oro.

¿Afinaste en el viaje tu mirada miope  
en los ojos de hombres desgraciados?

¿Qué amor desmesurado o qué dolor avalan  
tu paso por la tierra? -Ella se fue con otro,  
ni un polvo de tu viaje que dejara memoria-.

Volviste convencido que el hermoso escenario  
fue diseñado sólo para ti, un regalo  
de boda de ese Dios generoso con los tuyos..

¿Qué prodigio atesoras, niño de porcelana,  
que no sea pagado con la sangre del pobre?

Mas no temas, los bárbaros no vienen  
siempre estuvieron dentro: sois vosotros.

## Origen

### A los mineros en lucha

Aunque mi signo es de aire, paradójicamente,  
vengo de las entrañas mordidas de la tierra,  
de la honda caverna descarnada  
situada diez pisos más abajo  
del reino de las ciegas alimañas,  
y el grisú venenoso de la mina;  
el polvo del carbón es mi sustancia.

Los hombres que me dieron su apellido  
fueron todos mineros desde niños

ojos enrojecidos, enfermos de tinieblas,  
sin pestañas, donde la luz es una cicatriz,  
un lejano recuerdo que aún duele en la retina-  
y sólo abandonaron la negrura del pozo  
para luchar en guerras diferentes,  
aunque fueran la misma;  
que todas las perdieron es ya historia.

Derrota tras derrota, regresaban  
-los que no tuvieron la suerte de morir  
en la batalla o luego en la prisión-  
más viejos y humillados. O lo hacían sus hijos,  
con su orfandad y su derrota a costas,  
como una herencia amarga, irrevocable.

En aquel agujero vecino del infierno,  
despiadado, vivieron su dolorosa infancia,  
rebeldes sometidos,  
y aprendieron a odiar a los tiranos  
antes de que el amor les golpeará.  
Por encima pasaron los inviernos,  
los veranos, la vida ajena a ellos,  
mientras se hacían hombres en la mina,  
con un disfraz oscuro que crecía con ellos,  
royendo la esperanza de la revolución.

¡Qué terquedad en repetir la historia  
sin futuro de sus padres,  
en vez de hacerse hombres de provecho!,  
procurador en cortes o ingeniero  
son oficios más limpios y tienen menos riesgo-.  
Arriba,  
prácticamente a la altura del cielo,  
la primavera esmaltaba de verdes la campiña,  
las muchachas lavaban en el río  
con sus manos de lirio adolescente.  
Aunque era imposible mirar hacia lo alto,  
ellos lo presentían  
en el ciego y preciso calendario  
de su desordenado corazón.  
Polvo a polvo, eslabón a eslabón

de una larga cadena de dolor y miseria,  
huésped de un azaroso viaje,  
yo soy el resultado del fracaso obstinado  
de una casta de pobres orgullosos de serlo,  
su pasado impregna mis tejidos  
del mismo zumo acre de la hulla  
y los gases letales bullen en mi cerebro.  
La sangre que fue suya y ahora me pertenece,  
ese río remoto y poderoso  
que llegó a mis arterias a través de los siglos,  
cuerpo a cuerpo, era negra y esclava  
hasta que un día, con la primera luz,  
abrió los ojos  
y vio la abrumadora, la insoslayable realidad,  
antes de derramarse generosa.  
Ese caudal de polvo ennegrecido  
guerrea en mi interior con otra sangre,  
más pulida y brillante, aunque igualmente pobre.  
Al fin todos venimos de un viaje milenario  
con origen común en las cavernas;  
el mismo rey desciende de un primate.